

El jazz, esa música popular

— por Miguel Valenciano —

Cuando uno llega de nuevas a un lugar, es de buena educación presentarse. Así que aquí estoy, un comunicador, profesor, músico y, sobre todo, un melómano amante del jazz. Es un privilegio poder dirigir este proyecto puesto que, contra viento y marea, *Más Jazz* continúa siendo la única revista de jazz que se imprime en España. La tarea está llena de responsabilidad, para con el medio, los lectores y, fundamentalmente, la música que nos atañe. No son tiempos de bonanza en casi ningún ámbito, pero la cultura siempre ha sido un elemento delicado en este intrincado social, especialmente cuando la expresión cultural se manifiesta libre, crítica, inspiradora y poco condescendiente con la corriente mayoritaria.

El jazz es eso, libertad, amplitud de fronteras físicas y espirituales, una búsqueda infinita hacia los límites de la inspiración y la creación. Es por esto que en la nueva etapa de *Más Jazz* queremos rasgar las camisas de fuerza que confinan al jazz a un espacio inflexible, bajo una etiqueta que es casi una condena o una rienda que lo mantiene a raya. El jazz, por mucho que muchos quieran reservarlo para un grupo de eruditos intelectuales, es una música popular, en el sentido más literal: nace en el pueblo y sus gentes lo nutren. Lo popular, en su raíz, es lo folclórico, aquello que identifica a un lugar, una cultura, una etnia, una forma de entender la vida.

A lo largo de la historia esta música se ha nutrido de todo aquello que se ha encontrado en el camino, así que no tiene sentido erigirnos en defensores de lo puro cuando, en esencia, el jazz es pura fusión. El blues es su hermano austero; el soul comparte esa necesidad por transmitir desde el alma; la música *afro* (más como procedencia que como género) comparte códigos pero se manifiesta con voz propia. En un mundo global en el que razas, tradiciones, gastronomía o valores, se conjugan construyendo un intrincado cultural de difícil compartimentación, la música no deja de ser un reflejo que ayuda a entender el mundo en que vivimos, y no puede o no debe renunciar a ser motor de cambio.

Para esta edición, hemos tenido el privilegio de compartir ideas y aprender de algunas de las figuras, nacionales e internacionales, cuyo trabajo ahonda en esta idea de libertad creativa y estilística. No todo es jazz, pero el jazz está en casi todo. Nueva Orleans está en Gregory Porter, Bach está en Ariel Brínguez, el soul fluye con el *cubanismo* de Daymé Arocena y el flamenco habla jazz con Jorge Pardo.

En esta nueva etapa inauguramos secciones en las que, como no podía ser de otra manera, el jazz sigue siendo el protagonista, pero lo tratamos desde su vinculación al cine o la literatura. También seguiremos recomendando discos, nuevos y clásicos, festivales merecedores de ser visitados y, por último, clubes de jazz. Estos últimos, dada la semestralidad de nuestra publicación, no han contado hasta ahora con el protagonismo que merecen y queremos devolverles desde la sección *Templos del Jazz*. En ella iremos presentando espacios cuya labor divulgativa, desde la cultura de club, ha sido pieza fundamental para construir la historia del jazz en este país. Los festivales son la cristalización de esa labor minuciosa de programación continua que ejercitan los clubes, siendo ambos pilares fundamentales de una escena que está más viva que nunca.

En éste y próximos números trataremos de ofrecer un punto de vista muy nuestro, sin dogmas, sin buscar la unanimidad, tan sólo tratando de dar visibilidad a lo que nos emociona, libres como el jazz.